
Globalización y visiones religiosas. Opciones por los derechos humanos y el medio ambiente

Libros

José Morandé y Claude Pomerleau (editores)

Instituto de Estudios Internacionales. RIL editores, University of Portland
(Santiago, 2002), 247 págs.

A través del siglo XX, los análisis sociológicos de la religión que más incidían en los estudios internacionales destacaban el proceso de la secularización. Partían del supuesto de que el fenómeno de la secularización, aunque no necesariamente comportaba el fin de la religión en sí, la recluía cada vez más en un compartimento estanco de la sociedad. Ni economía, ni sociedad ni política se dejaban ya explicar por un vínculo destacado con la religión. La intensidad de la pasión religiosa, donde provocaba conflicto, era mirada como una mera máscara de otro fenómeno—como en cierto sentido lo ha sido en Irlanda del Norte—o como una curiosidad casi museal, testigo de un pasado remoto.

En el último cuarto del siglo las cosas cambiaron drásticamente. La revolución iraní y la figura de Khomeini pasaron a simbolizar el “fundamentalismo islámico”, concepto dudoso pero es el que se emplea. De ser un hecho curioso, casi de secta premoderna, pasó a ser un fenómeno central del mundo de nuestros días, que se intensifica día por día. Si se pensaba que Khomeini y los suyos representaban el modo más extremo de hacer política

religiosa, fundando una verdadera teocracia, a fines del siglo XX, los talibanes –a partir de 1995– y Al Qaeda han demostrado que cuando se establece una carrera hacia un fundamentalismo, de cualquier color que sea, no existe límite previsible.

No solamente dentro del mundo islámico ni como una posición “extremista”. Salvo en el mundo europeo occidental, en todas las regiones culturales del mundo, el factor religioso ha tenido un peso profundo y renovado en la vida social en general y en el sistema internacional. El fundamentalismo protestante en Estados Unidos se hizo presente con el triunfo de Carter en 1976 y luego con mayor influencia aún en los años de Reagan. No da signos de estar agotado. A partir de 1978, el pontificado de Juan Pablo II le dio un nuevo impulso al catolicismo y, para dar un solo ejemplo, a las discusiones valóricas en las relaciones internacionales. En el mundo judío, el avance de los grupos ortodoxos por una parte, y la creciente identificación de las comunidades judías con sus tradiciones culturales, casi indistinguibles de la religión, son otra expresión de esta realidad. El aumento del nacionalismo hindú, que pone en cuestión la identificación secular de la India, según la concepción de Gandhi y Nehru, y propugna una posición que pone el acento en la etnia y la cultura, a veces en un mítico “hinduismo”, que tiene que chocar con la minoría (de más de 100 millones) musulmana. Que todo esto tiene su correlato en la política internacional, es algo que se deja ver todos los días.

En América Latina, el tema religioso no tiene hasta ahora la connotación conflictiva en la reformulación de las sociedades, como sucede en vastas regiones de Asia, de África y hasta de Europa Oriental. Puede estar presente a través del terrorismo, esencialmente como una proyección del conflicto del Medio Oriente. En todo caso, es un fenómeno no imaginado hace 40 años que las comunidades judías vieran prosperar una ala ortodoxa tan fuerte; o la existencia de crecientes minorías musulmanas con sus mezquitas, antes miradas como rarezas. Es un desmentido más a la idea antes sostenida acerca del declinar del peso de la religión en la vida social.

En términos internacionales, el papel de las iglesias latinoamericanas, y de las instituciones religiosas de las diversas confesiones, fue esencialmente político, en el sentido *intermestic* del término. Es decir, eran un vínculo entre la política interna y el sistema internacional. Esto no solamente por el caso peculiar de

la Iglesia Católica, institución nacional, por una parte y por la otra, parte de la extensión de un Estado, el Vaticano, e institución internacional en otro rasgo definitorio. En las últimas tres décadas, lo que caracterizó a las iglesias fue su papel en la defensa de los derechos humanos, clave con la que se refieren esencialmente a la mantención de los usos del Estado de derecho, tarea plenamente considerada como central por la Iglesia en ese lapso, a la que se adhirieron las demás confesiones.

Todo esto se identifica con ese fenómeno denominado por el confuso término de “globalización”. Confuso por lo mucho que se lo emplea de las maneras más diversas, sin asomo de rigurosidad. De ahí que sea bienvenido un libro que analiza este problema desde una perspectiva disciplinaria, y lo vincula a este fenómeno que vuelve a ser central en el sistema internacional, las religiones y la promoción de las ideas y propósitos colectivos propios a esta época. Los profesores Morandé y Pomerleau, que han tenido una trayectoria en el análisis del sistema interamericano, publican un libro que, como tantos de este tipo, es el resultado de un seminario, pero que a la vez recoge trabajos sobre el tema.

Los libros que reúnen a diversos autores tienen la gran ventaja de que constituyen una puesta a punto del desarrollo del debate reciente en la disciplina pertinente. Al mismo tiempo, tienen el peligro de que combinan lo incombinable, contienen capítulos introducidos a la fuerza, porque el título general prometía más. Algo de esto último sucede casi siempre, y se percibe en este libro; por otro lado, tiene una lógica que se mantiene en términos generales, lo que lo hace un aporte original y académico imprescindible en su calidad de *reader*.

Oscar A. Plaza entrega la principal línea de conceptualización del libro, la relación entre la globalización y la Iglesia Católica como actor internacional especialísimo. En su artículo, Plaza cubre una vasta bibliografía sobre el tema “globalización”, clasificando y poniendo matices, así como evaluando la calidad y profundidad de las diferentes visiones. Pone el acento en la Iglesia como antiguo actor “transnacional”, con vasta experiencia en materias internacionales. Aunque el autor pone, creemos, un excesivo énfasis en la distinción entre “modernidad” y “posmodernidad”, tiene una reflexión interesante acerca de las nuevas posibilidades de la Iglesia en el mundo actual. “La cultura contemporánea puede ser catalogada de post-secular en el sentido de que

modernización y secularización, a diferencia del período de modernidad, no se manifiestan necesariamente como un movimiento uniforme e incluso siguen trayectorias separadas en muchos temas o lugares. La vida diaria de la gente común, por lo tanto, combina premodernidad, modernidad y posmodernidad” (pág. 36).

En general, el dejo del artículo apunta, sin embargo, a que la Iglesia carecería de un programa para el momento actual. Más que discutible, esta interpretación debería tener en cuenta que en el mundo moderno, a la Iglesia siempre se le ha criticado su falta de “actualidad”. Aunque no se puede negar que el mundo moderno enfrentó a la Iglesia con un desafío radical, el carácter esencial de la relación tiene que ver con que el catolicismo no debería aproximarse a los tiempos modernos (o posmodernos) con una respuesta que se confunda con ese tiempo.

Gilberto Aranda analiza a los franciscanos y jesuitas como “actores transnacionales”. El artículo no encaja bien en el tema general, aunque da bastante luces al lector acerca de temas de historia de la Iglesia, que sirven para desarrollar la conceptualización del lugar que ocupa en el sistema internacional. Aranda propone el término “transnacionalismo” para definir ese papel, que se desarrolló en la Iglesia antes del advenimiento de los Estados nacionales. En todo caso, se debe recordar que aunque la Iglesia nunca se confundió con el Estado, tampoco estaba desvinculada del poder político, lo que fue importante en las relaciones entre Occidente y el mundo desde mediados del primer milenio.

La nueva presencia social de la religión ha ido de la mano con el hecho de que la discusión pública ha tenido un nuevo punto de referencia, los “temas valóricos”. Los que en los años setenta y ochenta parecían asuntos de la política norteamericana, a partir de los noventa pasaron a definir un centro de la discusión pública en América Latina. Éste es el contenido del capítulo de Walter Sánchez, “La experiencia católica en América Latina”, que estudia cómo la discusión valórica ha estado íntimamente vinculada a la religión y a la postura de la Iglesia Católica. Se refiere a la posición de la Iglesia ante los derechos humanos en los años setenta, como al impulso entregado por Juan Pablo II. El autor pone el acento en la autonomía mutua de lo político y lo religioso, que en general ha sido la postura de los católicos en el mundo moderno. Sin embargo, otras tendencias entre ellos han puesto en tela

de juicio esta radical separación, que es uno de los temas sociales de actualidad.

El artículo de Eugenio Chahuán lleva a un terreno muy diferente y por momentos el lector no sabe qué tiene que ver con el tema general. La impresión se transforma en una lectura provechosa de un tema casi desconocido para el público culto latinoamericano, el islamismo y el mundo moderno, especialmente ante el desarrollo de las ideologías del nacionalismo árabe y su relación con las diferentes versiones –o acentuaciones– del Islam mismo. El mismo rechazo a Occidente asume algunos rasgos occidentales. “En el fondo, el retorno a un Islam puro no es más que una reacción contra la hegemonía occidental y su voluntad de alterar los fundamentos constitutivos árabe-musulmanes, mientras que la posición liberal árabe expresaba el momento de ruptura impuesto por la dominación extranjera y una reacción emocional rebelde contra un cierto sentido de inferioridad” (pág. 104). Hay un excelente resumen sobre las diversas reacciones en el mundo musulmán, así como la visión de la interpenetración entre religión y política en el mundo árabe. En esta línea, y en un ensayo más corto, Carmelo Pérez Beltrán resume las ideas musulmanas sobre los derechos humanos. Para ser más exactos, cómo han respondido los países islámicos a tema de los derechos humanos en las organizaciones internacionales, para interpretarlos a la luz de su propia tradición, que es inevitablemente ambigua.

Uno de los editores, José Morandé, dedica un estudio muy informado sobre la transformación de la Iglesia Católica frente al tema de los derechos humanos. A partir de los años sesenta, esta Iglesia va centrando su misión ante América Latina en la defensa de los perseguidos por los regímenes represores que surgen en el continente, disminuyendo su orientación anticomunista o, creemos, su política más propiamente pastoral. Esto tiene que ver con las relaciones entre religión y política, y el autor alude a un término interesante para la ciencia política, “religión civil”, que abre a la comprensión de este vínculo. Traza una reseña sobre la evolución de este nuevo estilo de acción cívica, que llenó de impulso al catolicismo norteamericano. Sería interesante relacionar esta transformación con la expansión del protestantismo en América Latina, un protestantismo también de raíz norteamericana. En todo caso, como se ve día a día, lo que sucede en la Iglesia norteamericana tiene un claro reflejo en la realidad análoga de América Latina.

Sigue Gilberto Aranda con uno de los estudios más completos que existen acerca de la Vicaría de la Solidaridad. Se trata de un actor nacional, que en su misma existencia es a la vez, por la fuerza inmanente de su posición, un actor internacional, en cuanto parte de su posibilidad de acción estaba en dirigirse a una comunidad global. Sería interesante hacer una comparación sistemática con el caso cubano, y por qué allí no pudo –y todavía no puede– emerger una institución análoga.

Le siguen testimonios de líderes religiosos y espirituales, del rabino Angel Kreiman, de gran importancia en las relaciones con la Iglesia católica y otras confesiones; del Gran Maestro Jorge Carvajal; del vicario, Enrique Palet. También existe una suerte de documento, los problemas de educación medioambiental, tratando de evadir las posiciones dicotómicas. Cierran el libro los editores. Primero, Claude Pomerleau, que es sacerdote católico, complementa lo anterior mostrando las respuestas que desde la Iglesia, o de autores y grupos cristianos, se han dado el tema de la crisis medioambiental. También hay una breve reseña de cómo las religiones no cristianas han enfrentado este problema.

Los dos editores se juntan en una reflexión final para sistematizar las visiones antes entregadas; la unidad del libro, frente a las dudas anteriores, se reafirma en esta parte. Sin embargo, lo más importante, los estudios que componen el libro son un testimonio de las nuevas direcciones de los estudios internacionales. Se trata, en todo caso, de una dirección que indica el peso de las cosas, pero no una agenda exclusiva. De la misma lectura de los trabajos, se puede concluir que en el sistema internacional los actores “clásicos” siguen teniendo una importancia básica. Los sistemas políticos adquieren una presencia añadida, por así decirlo, con la existencia de una sociedad civil internacional, que ayuda a canalizar el ímpetu de la globalización. La base de la existencia de aquélla es la existencia de una sociedad provista de instituciones políticas que permiten un estado de derecho, aunque no sean sistemas autosuficientes.

Joaquín Ferrandois